

PREFÁCIO III

MARIANO AGUIRRE

Ha sido una triste coincidencia que Luís Moita falleciera un año antes de que se cumpliesen los 50 años de la Revolución de los Claveles. Pero es también un melancólico placer escribir sobre él con motivo de la publicación de su tesis doctoral, invitado amablemente por su esposa Ana y la Universidade Autónoma de Lisboa (UAL). Otros especialistas en teología pueden opinar sobre este trabajo de Luís, en mi caso hago un sencillo homenaje personal, y añado una breve reflexión sobre esa obra.

A principios de mayo de 2024 tuve la oportunidad de volver, y recorrer el despacho de Luís en su casa de Lisboa. Muchos de sus libros de la inmensa, rica, bella biblioteca fueron donados a la UAL y a la Universidade Católica. Pero entre los centenares que quedan emana la cultura universalista de este profesor que nunca dejó de aprender y reflexionar sobre el mundo en múltiples direcciones. Libros de historia, de teoría política, y relaciones internacionales se mezclan con textos sobre cine, pintura, religión y literatura.

El filósofo Régis Debray escribió hace años que somos lo que leemos y lo que vemos. Luís Moita cumplía con ese precepto, con el añadido de realizar en su inmensa capacidad afectiva y empática una síntesis de sus experiencias de vida, lecturas y observaciones. Su capacidad de querer era tan amplia como sus abrazos, sonrisas y humor cuando uno se encontraba con él. Su entusiasmo por compartir sus últimos conocimientos era tan grande como su deseo de saber sobre la persona con la que hablaba. Era un hombre sabio que sabía y quería escuchar. Aprendía de los demás, y era feliz enseñando.

Hay sentimientos y sensaciones que tardan años en hacerse evidentes. El tiempo ayuda a descubrirlos. Aunque incontables veces nos reunimos con Luís en Lisboa, no fue hasta mayo de este año cuando sentí cuán profundamente mis sentimientos hacia él y esta ciudad forman algo único e indivisible; algo que es más fuerte que un recuerdo, que tiene que ver con su humildad y su decencia; que se vincula con el entusiasmo suyo tan similar al que se vivía en los años de la Revolución de los Claveles en Portugal; y con esa “comunidad” a la que hace referencia su tesis doctoral *Sobre el sentido moral de la comunión humana, entre los individuos, y con la sociedad*.

Llegué a Lisboa en abril de 1975, un año después de la Revolución. Pese a las tensiones y divisiones políticas, se vivía aún la euforia de ese cambio sin violencias. Los debates sobre el futuro de Portugal se cruzaban con los procesos independentistas en las colonias de un imperio que se había esfumado, y los rumores sobre los intentos de Estados Unidos de frenar que

este país no fuese no alineado (que para Washington significaba ser “comunista”). Mientras en América Latina los militares tomaban el poder, asesinaban y desaparecían gente, ver a militares haciendo una revolución era emocionante.

Los pocos meses que estuve antes de marchar a España fueron suficientes para grabar en mi memoria los muros empapelados de mensajes políticos, los debates en la calle, la música, las librerías y cafés como centros de discusión, los proyectos contra la pobreza en el campo, pueblos y ciudades, y la pequeña pensión en Avenida da Liberdade.

No conocí, sin embargo, a Luís hasta 1986, cuando me invitó a participar en una conferencia de CIDAC (Centro de Informação e Documentação Amílcar Cabral) sobre la OTAN y España. A partir de entonces nuestra relación fue desarrollándose lentamente, hasta hacerse fuerte diez años más tarde, cuando fue invitándome a participar en varias de sus actividades académicas y de publicaciones. A ese ritmo lento fui conociendo los diversos aspectos del profesor Moita: ex sacerdote, activista contra la dictadura y contra el colonialismo, preso político, secretario de Estado sobre migraciones en uno de los gobiernos provisionales (de transición) luego de abril de 1974, y una extensa vida académica dedicada a enseñar y promocionar a otros. De todo eso Luís hablaba poco. Al contrario de gente que no vivió ni la cuarta parte, ni hizo en su vida una décima de lo que llevó a cabo el profesor Moita, su interés giraba siempre sobre el otro.

En su vida diaria, familiar, círculo de amigos, profesional, política, Luís llevaba a cabo lo que ahora, ya fallecido, leyendo su propia explicación sobre la tesis doctoral, veo que practicó siempre. Para el profesor Moita la moral, como escribió, es una cuestión de “relación intersubjetiva”. Tomando entonces el Concilio Vaticano II, su tesis interpela a la Iglesia Católica para que esté “centrada en sí misma”, y que sea “testimonio de Jesús Cristo y servidora de los hombres del mundo”. (Hoy añadiría hombres y mujeres).

Las relaciones humanas, consideró Luís, se vinculan a través de una “comunidad intersubjetiva”, en el que todo esfuerzo moral converge para el encuentro de las personas en una vida en comunión. “La palabra de Dios, dice, se enraíza en la experiencia humana”. Esa comunión entre las personas reinaba en 1974/1975 en Lisboa, y fue una experiencia, sin añadirle romanticismo, única y formativa.

Al leer estas ideas de su tesis, que resumo, recordé, y fue como sentir, que Luís estaba ahí, en una calle de Lisboa, en su restaurante favorito (O Carteiro), en su coche (cuando me anunció “He cumplido 70 años y me queda tanto por hacer”), el día que nos vimos en el aeropuerto de Lisboa entre uno y otro viaje, en su despacho de la UAL con música de Maria João Pires,

paseando por Ericeira con él y mi esposa, o nuestro último encuentro en 2023 en la clínica donde intentaba recuperarse. En cada encuentro me contaba como si lo acabase de descubrir (en realidad, me lo descubriría a mí) algo que formaba parte, grande o pequeña, de esa proyección social y política de la comunión entre individuos y política por el camino moral. Marché esta vez de Lisboa con la certeza de que entre todas las ciudades que he vivido, esta es la que comparto con Luís. Un tesoro personal. Y me fui con la idea, como le hemos explicado con mi esposa a nuestro hijo pequeño, que, aunque la gente se muere, sigue viviendo en los recuerdos, en su forma de querer, en sus acciones. Si, además, son personas que se han educado y han educado a otros en esa intersubjetividad moral, siendo lo que coloquialmente llamamos buenas, entonces, contradictoriamente, han fallecido, pero siguen y seguirán viviendo, en nuestras vidas.

Alpedrete (Madrid), 9 de mayo, 2024

Mariano Aguirre
Associate Fellow, Chatham House